

PABLO GUTIÉRREZ, *Democracia*, Barcelona, Seix Barral, 2012, 240 págs.

La novela *Democracia*, publicada por Pablo Gutiérrez, resulta ideal para analizar lo que podríamos denominar literatura actual. Aunque siempre influirá, debido a que una obra es irremediamente hija de su tiempo, el circunstante histórico, en el caso de esta novela, es algo que define por sí mismo la fábula, y no un simple “elemento accesorio”.

Si hubiera que hablar de qué ha marcado la sociedad española en los últimos seis años, la respuesta sería simple y llanamente “crisis económica”. Aun así, es cierto que pocas novelas están tratando de manera frontal este tema, bien por el miedo que todo creador tiene a realizar un arte coyuntural e intrascendente una vez se supere la circunstancia vital que refiere, o bien por el pánico a ser tachados de oportunistas. Sin embargo, este joven autor onubense, profesor de literatura en un instituto público, ha demostrado su valentía mediante una narrativa combativa que analiza los problemas de su tiempo, así como la asunción de un riesgo muy importante: el de carecer de una falta de perspectiva histórica que objetivice sus páginas.

Durante estas líneas se entrecruzan diversas historias, en las que Marco se configura como el personaje principal, que se convierte poco a poco en una masa inerte, moldeada de forma mecánica por las coordenadas espacio-temporales y económico-sociales en las que se encuentra. En este sentido, la novela engarza con la pérdida de valores y la supuesta hipocresía de una izquierda que ya no es sostenible. La historia de Marco comienza *in media res*, en el momento en que es despedido de su empresa por Gonzalo, un emprendedor que, también por su circunstancia vital —narrada en forma de analepsis, al igual que la de todos los demás personajes—, busca un tren de vida desmesurado. El autor desarrolla esta historia junto con muchas otras, a través de una estructura de *mini-capítulos* de entre dos párrafos y cinco páginas de longitud, con lo que el número de estos pequeños episodios se dispara. Allí combina pequeños retazos de teoría económica con diversas acciones sin aparente conexión entre sí, que sólo tendrán un sentido estricto en las postrimerías de la novela.

Además de la de Marco y Gonzalo, encontramos la historia de Julia, su esposa, que no soporta la demoleadora apatía que subyuga a su marido tras el despido. También la biografía literaturizada de George

Soros, el famoso economista de origen húngaro y religión judía, que tras sufrir una pavorosa infancia a causa de la II Guerra Mundial se convierte en un tiburón financiero capaz de derribar la libra esterlina y ridiculizar al gobierno inglés en un solo día. Asimismo, se nos muestra Soros como un luchador, una persona que es lo que es por aquello que ha tenido que vivir. Otras historias serán la de Valentina, una psiquiatra que no es capaz de equilibrar su propia mente, o la de Cloe, madre soltera y prematura del protagonista, filóloga aburrida, agotada de enseñar los versos de Manrique y los valores del *se* en un instituto en el que a nadie interesa lo que dice. Vierte, por este motivo, todas sus frustraciones sobre Marco, algo que le costará el no volverse a mirar a la cara con él.

La historia de Marco, que se nos va desvelando a lo largo de la obra mediante continuos retrocesos temporales, nos muestra que era un potencial genio de la pintura, algo que desperdició al venderse, según su madre, a un capitalismo extremo que lo conducirá al único final posible, avisado *avant la lettre* por ella misma: la miseria. Una vez despedido y sumido en la más absoluta desesperación, Marco decide salir a la calle y desahogarse *pintando* poesía —bonita sinestesia que aparece así escrita en la novela— en los muros de su ciudad. Es interesante la función metafórica del muro, utilizada también por otros autores actuales para representar la infranqueabilidad: aquello que podemos patear o pintar, pero que no podemos traspasar; aquello que irremediablemente nos atrapa y nos oprime, y que sólo podemos combatir con garabatos.

Mientras realiza esta actividad, y una vez abandonado por su esposa y abatido por las deudas, Marco conoce un grupo de tres individuos cuya exclusiva función vital consiste en ir a manifestaciones y golpear a los antidisturbios despistados. Marco se unirá a ellos durante un tiempo, y mantendrá una relación sexual —meramente física, cercana a lo animal y vaciada de placer— con Alicia, la única componente femenina del grupo. Cuando parece que ha encontrado una actividad que lo llena y le hace olvidar la deleznable situación en la que se encuentra, se levanta un día drogado y sodomizado por sus compañeros, que han abandonado el piso franco que compartían —la casa de Marco— y se han llevado todas sus pertenencias.

Esto supone el estacazo definitivo para el protagonista, que decide perpetrar una carrera automovilística tras su anterior director ejecutivo, Gonzalo, en la que finalmente este pierde la vida al caer de

la moto y cortarse la cabeza con un guardarraíl. El hecho constituye la caída definitiva de Marco, cuyo proceso de degradación hemos ido comprobando. En cambio, al final, Marco es capaz de fugarse de la cárcel y quedarse a vivir en la calle, cuidando de una niña abandonada por sus padres, y aceptando que va a huir para siempre de la justicia. Este final es un tanto alucinógeno, y no concuerda demasiado bien con la crítica —ficcional pero sostenible— que estaba desplegando el autor hasta el momento. Marco se convierte, por tanto, en el único personaje que abandonará lo establecido, ya que Julia, por ejemplo, encontrará un marido con el que la figura de Marco se desvanece para siempre: “pronto se irán a vivir juntos, ella se quedará embarazada, él prosperará en el sindicato y aceptará un pequeño cargo político que les permitirá mudarse a un adosado con jardín y vestidor”. Incluso Alicia, la que fuera en un tiempo politoxicómana antisistema “soñará ahora con algo parecido a la normalidad de una familia”.

Gutiérrez combina en sus páginas el estilo indirecto libre con una enorme cantidad de diálogos. Crea un narrador irónico y mordaz, aunque busca una supuesta objetividad que sabe que no se cumple. Se utiliza, además, una curiosa técnica que consiste en desordenar sintácticamente la oración para construir una especie de reflexión inconexa, pero que el lector comprende sin dificultad. En lugar de decir “te digo que este camino no llevará a ningún sitio”, Gutiérrez construye sintagmas verbales del tipo “este camino no llevará a ningún sitio, te digo que”, que potencian el efecto de desorden mental de los pensamientos, en ese estilo indirecto libre del que ya hemos hablado. Otra técnica muy interesante es su uso de la grafía para fines semánticos. En un determinado momento, podremos leer: “Ni siquiera el director general pudo seducirla, ni durante el relámpago de la prosperidad ni durante la melancolía [...]. Si ÉL no pudo, ¿cómo podrían ellos soñar con el tacto de sus blusas aromáticas?” (p. 67).

En cuanto al nivel de discurso, encontramos otro de los rasgos que definen la literatura desde los años 80 a esta parte: la mezcla de registros. El narrador e incluso los personajes son capaces de hilvanar versos de Garcilaso —“En tanto que de rosa y azucena”, recitados por Cloe en sus clases—, con los insultos típicos de abruptos encuentros sexuales; por ejemplo, cuando Marco está fornicando por primera vez con su novia en el baño de al lado. O también encontramos la escena en la que la psiquiatra-esquizofrénica se masturba mientras el narrador, juguetonamente, recita “¡Pobrecita princesa de los ojos azules! / Está presa en sus oros, está presa en sus tules / en la jaula de

mármol del palacio real”, palabras que resaltan un cruel sarcasmo contra esa mujer rodeada de lujo pero destruida por dentro.

Sin duda, el trasfondo de esta novela es claro: no hay ningún culpable físico, pero todos son víctimas. Con una enorme sensibilidad, el autor es capaz de situarnos en la piel de cada personaje, y justificar así por qué actúan de ese modo. Se entiende, por tanto, la razón de que Soros haya terminado siendo un especulador financiero; que Gonzalo despida a Marco, y que este lo mate luego. Entendemos las frustraciones de Cloe, así como el intento de Julia de ser feliz al lado de un hombre, ya que en su infancia fue una niña totalmente falta de afecto. Incluso entenderemos el trauma vital de la psiquiatra por no haber aplicado en su vida el “collige, virgo, rosas”.

Por ese motivo, el autor consigue que nos sintamos culpables al emitir un juicio precipitado sobre los personajes. No queda claro — intencionadamente — si la propia esencia del ser humano es lo que nos lleva a esta degeneración, o si realmente existe un ente opresor (¿sistema capitalista?) que actúa como muro, en el que sólo nos queda pintar poesía.

FABIO ZAMARREÑO MÉNDEZ
Universidad Oberta de Catalunya